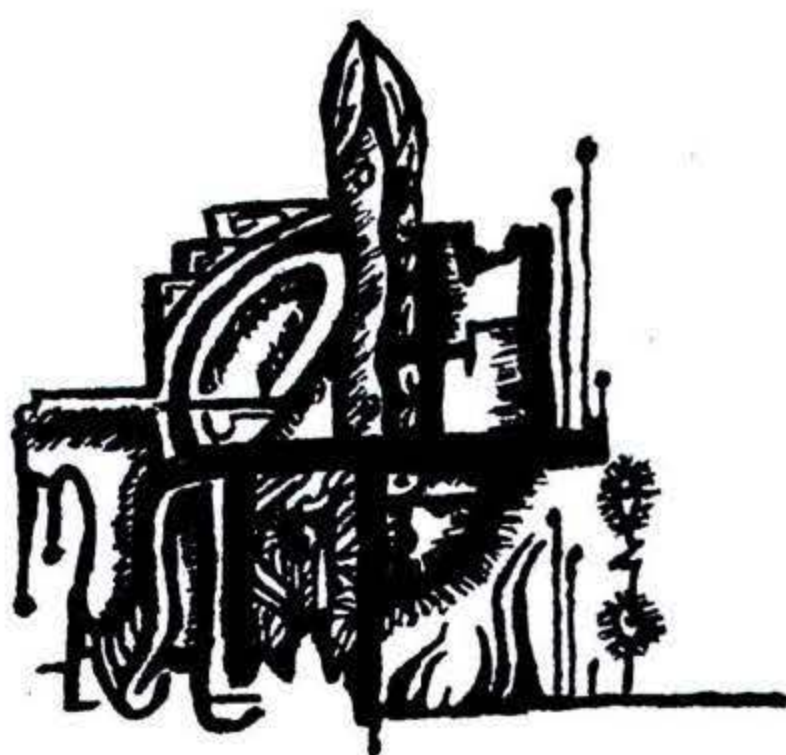


camente"... Pero mi mayor reparo se refiere a que los autores, no siendo del todo consecuentes con este marco teórico-metodológico, deciden incursionar abruptamente en el ámbito de "la sociedad civil".

Al comienzo del estudio conceden atributos (positivos) a "la sociedad civil" (pág. 29) pero al final nos sorprenden: "La capacidad explicativa que la dicotomía Estado-sociedad civil ha tenido sobre el fenómeno de la violencia en Colombia, llega a sus límites y no solamente por las limitaciones teóricas del modelo; el fenómeno como tal, aunado al inmenso cúmulo de evidencias empíricas, ha sido rebasado. Por tanto, es preciso enfocar el problema de la violencia, y su modalidad límite, que es la masacre, desde el esquema de la acción social, con el fin de dar relieve al aspecto subjetivo del fenómeno" (pág. 110).

Aquí el problema es de partida doble. De una parte, Uribe y Vásquez, al igual que sus patrocinadores, reclaman una especie de mandato ético de "la sociedad civil", noción más bien extraña al análisis weberiano, que no definen y mantienen en toda su espléndida polisemia. ¿De qué estamos hablando? ¿De la sociedad individualista lockeana con su requerimiento de propiedad privada como derecho natural, y de un Estado para que pueda existir sobre la faz de la tierra una justicia imparcial? O, al estilo del siglo XVIII, ¿hablamos de la dicotomía sociedad civil "sin dominación política"/sociedad civil "con dominación política", y que, en la versión marxista gramsciana del siglo XX es la que se integra por la "hegemonía" más que por la "dominación", entendiendo dominación como el resultado de la lucha de clases, estructural y superestructural, de Marx y Engels?

Por otra parte, y antes de arrojar a la papelera el "modelo Estado-sociedad civil", habría que preguntarse si el gran problema colombiano no es precisamente la inexistencia de una sociedad civil. La brecha abierta entre el ideal de construir una sociedad civil y la historia de esa "construcción violenta" que resultaría ser Colombia, puede ayudar a plantear esa *aparente* "despolitización del uso de la fuerza" (que trae el narcotráfico), y para la cual esta obra no ofrece una explicación convincente.



El asunto rebasa el debate académico. Sin contextualizar estas violencias, desgajadas de una tradición política de raíces coloniales, será muy difícil reorientar la acción social de los colombianos hacia la construcción de la sociedad civil requerida para ser miembros de la sociedad internacional del siglo XXI.

MARCO PALACIOS

Tú reinarás, este es el grito

**Imperio y ocaso del Sagrado Corazón
en Colombia**

Cecilia Henríquez

Altamir Ediciones, Santafé de Bogotá,
1996, 181 págs.

¿Qué impensada relación, qué recóndito nexos podría regir el avance de una línea que arrancando de un versículo del Cantar de los Cantares terminara comunicándose, con una lógica que no fuera la bizarra que impera en los sueños, con los episodios históricos más sobresalientes de la convulsionada historia colombiana? Defendiendo una tesis del humanismo renacentista, cabría afirmar que todas las esferas del universo están relacionadas. El libro de la socióloga e historiadora Cecilia Henríquez, quizá sin asumir ese objetivo específico, ejemplifica una de esas curiosas relaciones al seguir el hilo conductor —el símbolo del Sagrado Corazón de Jesús— desde su origen hasta dar con el nudo de la madeja que le interesa de-

sentrañar: la influencia de este símbolo en los aspectos religioso, social, político, ideológico y artístico de la historia colombiana.

La obra, sin duda, acoge los presupuestos teóricos sentados por Emile Durkheim (siempre atento a la observación de las representaciones colectivas, sobre todo de las religiosas) y de Max Weber (inclinado a descubrir las significancias de la acción social sin descuidar todo acto humano y los símbolos que en su operar crea), pero sin descuidar las metodologías de investigación propias de las nuevas corrientes sociológicas. Desde que Saussure expusiera la necesidad de una ciencia que tomara como objeto de estudio los signos, muchas han sido las disciplinas, antiguas y nuevas, que se han volcado ávidas a analizar un abundantísimo material antaño despreciado, seguras de poder explotar los contenidos epistemológicos de estos productos surgidos en el universo de las representaciones humanas.



En el esclarecedor prólogo con que el profesor Jaime Jaramillo Jiménez abre el estudio, se expone la triple función de estas representaciones sociales o imaginarios colectivos: "En primer lugar, cognoscitiva: a partir de ellos se plantean interpretaciones de la realidad social, natural y espiritual [...] En segundo lugar, estos sistemas simbólicos poseen una dimensión valorativa. No sólo hablan de lo que es sino de lo que debe ser [...] Por último, estas representaciones sociales se expresan en normas

que legitiman y auspician determinados comportamientos, al tiempo que prohíben y estigmatizan otros". En estas líneas encontramos definidos los contenidos significativos que la autora, en su trabajo, consigue exponer a nuestros ojos de manera diáfana y ordenada, esquivando sabiamente los cantos de sirena del metalenguaje especializado. En más de un sentido, pues, este estudio histórico-simbólico es una valiosa contribución al conocimiento e interpretación de los fenómenos sociales en Colombia, vistos en esta ocasión a través de un lente un tanto insólito.

La obra se divide en dos partes. La primera describe la evolución del símbolo en Europa desde su origen hasta lograr su más acabada iconografía, la que legitima Roma; la segunda excede la función meramente informativa, pues la autora debe abrirse camino por un terreno hasta entonces inexplorado, investigando, ordenando e interpretando documentos hasta entonces olvidados o recurriendo a fuentes vivas que, basándose en su memoria, contribuyen con datos de primera mano.



A modo de síntesis, destacaremos algunos datos. Todo parte de una frase de ese problemático libro de la Biblia que se titula Cantar de los Cantares: "Tus senos son más deliciosos que el vino". Uno de los primeros padres de la Iglesia, Orígenes (185-254), decide interpretar la palabra *seno* como principio espiritual del amor; mas inmediatamente lo traduce por pecho, costado. Rufino, que se da a la tarea de verter el texto griego (traducción, a su vez, del hebreo) al latín, trueca el *pecho* original por *corazón*. La inexactitud de Rufino, unida a la fantasía exegética de

Orígenes, da lugar al refundimiento de los conceptos de amor y corazón. Un nuevo trasvasamiento del texto bíblico, esta vez al español, por Desclée de Brouwer, produce esta variante, más grata para la sensibilidad moral de la Iglesia: "Mejores son que el vino tus amores". Orígenes había apuntado otros sentidos simbólicos de la palabra *seno*: interioridad, intimidad y sabiduría. Con el tiempo, la riqueza significativa del símbolo se amplía: la llaga del corazón es puerta que permite internarse en la fuente de todos los misterios, de donde *corazón* implica también sabiduría sobrenatural sobre la base del amor como sentimiento de unión; el sentido de centralidad no le es extraño al símbolo: el Corazón de Cristo es también corazón de la Iglesia (san Buenaventura); en la Edad Media, cuando se instaura el culto místico, se le agrega el concepto de reparación, derivación necesaria del pecado: el Corazón de Cristo es símbolo de dolor que mueve a la penitencia para reparar los agravios que se le han hecho. Con los caballeros de la Orden del Temple (año 1308), el símbolo empieza a cobrar valor como elemento distintivo e imagen de combate, como siglos más tarde se manifestará también, de manera más clara, entre el grupo campesino monárquico de los chuanes en Francia (s. XVIII). A san Juan Eudes (s. XVII) se le debe el culto litúrgico y el embrollamiento del símbolo de una de las tres personas de la Trinidad atribuyéndole tres corazones en lugar de uno: el corporal, el espiritual y el divino, aunque no contento con su corazónada el santo inventa también el Sagrado Corazón de María. Cristo tercia en cuatro oportunidades, por revelación, ante una disputa de eudistas y jansenistas en torno a la inexistencia e invenerabilidad del corazón carnal. La depositaria de las visiones es santa Margarita María de Alcoque (1647-1690), que recibe explícitas instrucciones: 1) los hombres deben amar al Corazón de Jesús; 2) deben venerarlo "en forma de corazón de carne, con la llaga de la lanza visible, ceñido por espinas y en la parte superior una cruz"; 3) deben comulgar los primeros viernes de cada mes y orar entre las 11 y las 12 de la noche del jueves previo; 4) deben celebrar fiesta en su honor el octavo día

después del Corpus. Así el símbolo y su culto prácticamente se completan y quedan sentadas las bases de su evolución iconográfica. En 1765 el papa Clemente XIII aprueba oficialmente el culto y, tras una seguidilla de consagraciones locales, en un arranque de euforia sin precedentes, León XIII, en 1899, consagra el mundo entero y al género humano al Sagrado Corazón de Jesús.



De suma importancia es el papel político que empieza a cumplir el símbolo y sobre todo a partir del s. XIX, cuando la Iglesia, fundiéndolo con el símbolo de Cristo Rey, lo emplea para combatir movimientos liberales anticlericales, como el liberalismo posrevolucionario en Francia o la Kulturkampf en la Alemania de Bismarck. Alcanzamos a entender que el sueño que alimenta la Iglesia, y que tiene el sabor de la nostalgia por el poder perdido, es el de alcanzar el "reinado social de Jesucristo", corporizado éste, por supuesto, en la persona de su humilde vicario en Roma. Las palabras del dominico Christian Duquoc son significativas: "Los católicos deben restaurar triunfalmente a Cristo Rey en los parlamentos y gobiernos; la acción católica no debe cejar hasta lograr abolir toda ley laica". Recogiendo experiencias felizmente superadas por la historia, el dominico pretende revivir la fundamentación del poder terrenal por el divino, para condenar como sacrilegio toda tentativa contraria a un gobierno amparado por Dios. El paso de las consagraciones al Sagrado Corazón, desde esta perspectiva, parece algo más que un gesto simbólico. Y efec-

tivamente, la consagración de nuestro país al sacratísimo símbolo tiene consecuencias políticas, ideológicas y sociales nada desdeñables.

Nuestro ingreso al mundo de la cultura escrita está vinculado al Corazón de Jesús: el primer libro impreso en la Nueva Granada es la novena al Sagrado Corazón del padre Juan de Loyola (1739). El movimiento emancipador de 1810 no fue ajeno a su influencia: los seguidores de Nariño declararon a Jesús Nazareno "Generalísimo de los Ejércitos de Cundinamarca". Ya asentado el gobierno republicano, al Sagrado Corazón y a sus principales defensores, los jesuitas, les toca afrontar tiempos difíciles, pues los gobiernos liberales del Olimpo Radical, de tendencias masónicas, positivistas y ateas, se propusieron levantar una barrera definitiva entre Iglesia y Estado laicizando por entero el estamento público; su celo anticlerical incluyó una nueva expulsión de jesuitas (Tomás Cipriano de Mosquera, maestro masón grado 33, se encargaría de firmarla).



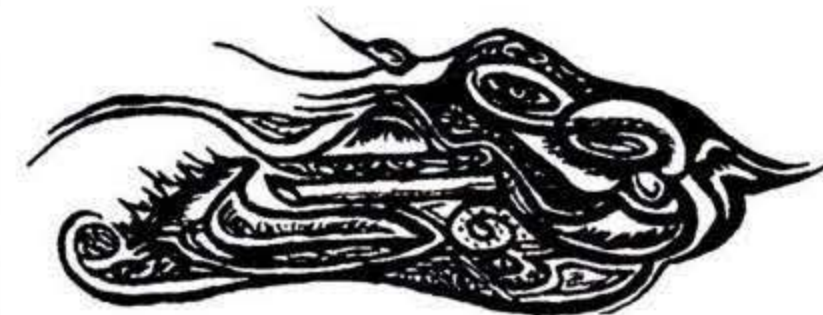
Cuando a los conservadores les llega el turno de gobernar, el movimiento clericalista conoce su período de esplendor: Miguel Antonio Caro crea el partido católico, el gobierno apoya al papa durante la crisis de su poder temporal, surgen las organizaciones laicas católicas... y se concreta uno de los mayores logros de la Iglesia colombiana: en la Constitución de 1886 se reconoce a Colombia como nación católica obediente y cercana al papado, se de-

clara al catolicismo religión oficial y como tal se le promete respeto y protección "como elemento esencial del orden social", medida que incluye la enseñanza católica obligatoria en las instituciones educativas y los restantes puntos consignados en el concordato anexo. La propagación de consagraciones de municipios y departamentos a partir de entonces semeja la incontenible y contagiosa extensión de una fiebre endémica. El fenómeno, conocido como plebiscito nacional, no terminará hasta ganar la consagración del país. Pese a la instrumentalización que hacen los conservadores del símbolo del Sagrado Corazón, éste se libra de quedar reducido a una imagen partidista. No hay que olvidar que no todos los liberales adoptaron posiciones extremistas frente al clero y la religión. De hecho, mucho lamentaron que los religiosos les negaran la absolución e incluso los sacramentos. Cuando a finales de la guerra de los Mil Días (1902) monseñor Bernardo Herrera Restrepo, arzobispo de Bogotá, propone como medida conciliadora entre conservadores y liberales un Voto Nacional, la idea encuentra favorable acogida entre los dos partidos. Pero este voto, naturalmente, asumiría un cariz enteramente religioso: el símbolo de ese voto sería un templo ofrendado, cómo no adivinarlo, al Sagrado Corazón de Jesús (para quienes lo ignoren, se trata de la iglesia de la plaza de los Mártires, en Bogotá). La autora, a quien ha de reconocérsele una intachable imparcialidad, declara que el símbolo del Sagrado Corazón, "políticamente neutro desde entonces se erige como garante de la gestión del Estado por la paz, convirtiéndose en un símbolo nacional, patrimonio de todos".

El estudio concluye exponiendo las tareas de las organizaciones de oración y de acción social surgidas a la sombra del símbolo; curiosidades como la llamada "Cristilandia", un modelo corporativo de gobierno propuesto por el padre Félix Restrepo, quien vio en Colombia el país ideal para su instauración, y que en fin de cuentas no era otra cosa que el cadáver tantas veces exhumado del poder de la Iglesia unido en feliz matrimonio al político para producir el sistema perfecto de gobier-

no; curiosidades como las milagrosas curaciones debidas a la enloquecedora repetición de la jaculatoria "Sagrado Corazón, en Vos confío", los últimos ecos de la apoteosis del símbolo y finalmente su crepúsculo, que halla su estocada mortal, al menos para su dimensión política, en el hecho de que la Corte Constitucional, en 1994, declarara que la consagración del país al Sagrado Corazón no era sustentable en la Constitución de 1991, pues contradecía el mandato de libertad de cultos, lo que "implica que ni el estado ni el gobierno pueden comprometerse en actos religiosos que de hecho son particulares".

El ensayo no propone conclusiones que pudieran revelar posiciones políticas o religiosas personales. La actitud es respetuosa y distanciada. Este campo abierto incita al lector a sacar sus propias consecuencias, sobre todo en lo referente al papel político de la Iglesia en nuestra historia. Siendo un hecho sabido que los movimientos ideológicos encuentran por lo general una fundamentación o explicación económica de fondo, cuando no al menos una inevitable relación con factores de este tipo, echamos de menos una profundización del estudio en este sentido, pues estamos convencidos de que, tras las avanzadas evangelizadoras y las políticas del clero íntimamente comprometidas con asuntos terrenales, algo debe moverse que no sea enteramente celestial o puramente simbólico.



Finalmente, tras la lectura del libro resulta difícil sustraerse a una consideración especulativa: ¿no habría sido menor la violencia en Colombia si no hubiera ingresado este símbolo (o cualquiera que lo suplantara) en nuestra historia? Una revaluación del papel político de la Iglesia en nuestra historia, es factible de intentarse a partir de las luces arrojadas por esta singular obra.

ÉDGAR ORDÓÑEZ NATES